

El hijo del Labrador

Ánjel María Fernández

Prólogo: David Trueba
Epílogo: Bernardo Sánchez



A LA MEMORIA DE
MARÍA JOSÉ SOLANA
Y TEODORO CÁMARA

Javier Cámara, interior día

David Trueba

Decía Marcello Mastroianni de manera provocadora y lo repetía Vittorio Gassman, el otro gran monstruo de la interpretación, que lo mejor para un actor era estar vacío, ser un hueco bobo para dejarse llenar por el personaje que encarnaran. Javier Cámara pasó mucho tiempo haciéndose el tonto, dejando que los personajes le llenaran, le completaran. No sé si ha dejado de hacerlo, espero que no. Tenía esas maneras algo rurales, sin sofisticar, que le llevaban, como ha contado, a saludar al entrar en el vagón del metro cuando vino a instalarse a Madrid.

Del Rafi de *Torrente*, un ayudante fiel y mastuerzo, al doctor Abad de *El olvido que seremos*, va toda una lección de cómo afrontar una carrera sin complejos ni soberbias. Lo primero, entender que en España una carrera no es algo que esté en la mano de uno, sino que forma parte del azar y del viento. Durante años, el viento ha soplado a favor del actor Javier Cámara. Le permitió ir creciendo, componiendo personajes más complejos, sin perder el favor del público, que lo reconoce como uno de los suyos. Tiene, además, un aroma de otro tiempo, cuando los actores no estaban del todo contaminados por el psicologismo algo obvio y plomizo de las escuelas de interpretación norteamericanas. Al contrario, en Cámara aparecen muchos rasgos del caricato latino. Es capaz de hablar y gesticular como uno de los grandes actores españoles de los sesenta, de la estirpe de López Vázquez, Fernán Gómez, Agustín González o José Luis Ozores.

Pero habría que asomarse al interior de Javier Cámara para encontrar de dónde sale la riqueza del actor. Porque en lugar de estar vacío, más bien lo que uno puede

encontrar dentro son los restos de una experiencia vital rica, compleja y nada fácil. Es a lo mejor algo de eso lo que asoma por los ojos de Cámara, que tienen esa belleza de oveja hermosa, de vaca inteligente, de caballo atento. Bajo esa calva rocosa y perfecta, que en otro tiempo y condición habría pedido a gritos una boina calada hasta la ceja, se acumulan motivos para celebrar lo que le ha pasado. Cámara, pese al apellido, no estaba predestinado a vivir del cine. Bien al contrario, conocía por su padre que se podía tocar el saxofón o la trompeta con destreza, pero había que vivir del azadón y del tractor.

En el camino emprendido hacia el esplendor y la gloria, Javier Cámara tropezó con figuras como Andrés Pajares y Lina Morgan, que también representaban el triunfo por tesón. Con condiciones para ser empleado gris de sucursal bancaria y fregona de portería, ambos habían logrado alzarse como los dos actores más populares durante varias décadas a fuerza de representar una versión del español medio asequible para casi todos. No importaba demasiado que en sus libretos no participaran Shakespeare ni Cervantes, importaba poco la calidad del texto ante la eminencia de su carisma.

Un poco por ahí transita el carisma numismático de Javier Cámara, entre el camarero que se gana a la clientela por su solicitud y pericia, y el bedel del Prado que sabe más de pintura que el catedrático de Historia del Arte.

Javier Cámara es un fenómeno nacional, un logroñés al que paran por la calle en Madison Avenue para felicitarle por un último papel y que se ha curado del pestañeo con intención que tanto le criticaba Boyero, otro paleta, para darle a sus personajes el vuelo de un pájaro, ese animal que siempre está ahí, sostenido, pero que nadie sabe cómo narices lo logra. Y seguirá haciéndose el tonto y el despistado, pero eso solo para cumplir con los dioses Mastroianni y Gassman y seguir asegurándose de que son los personajes los que le llenan y no él quien los vacía.

Larga vida al cómico grande Javier Cámara.

El director de cine León Solana va a rodar su primer largometraje. Quiere trasladar a la pantalla lo que en literatura sería autoficción, según creo, ayudándose para ello de los instrumentos del género documental y del reportaje. No trata de ser original, según dice, no aspira a descubrir océanos de celuloide; intenta, sin más, con los citados propósitos y las armas que el arte del cine pone a su disposición, realizar una película que estará más o menos cerca, quizá sin pretenderlo, de lo que ya por estas tierras españolas hacen algunos directores cuyo nombre no consigo recordar (es por los nervios) y de lo que aún antes, allende los mares y las décadas, en el siglo xx, hicieron Luis *Espina* (o algo así) y sus colegas colombianos o el mismo Woody Allen de 1983 en *Zelig*. De esto último estoy seguro porque son una película y un autor de los que me declaro forfo. Dentro de la historia, aunque bastante coral, destaca un personaje: el actor Javier Cámara. Si bien en principio el director contempló la posibilidad de que el mismo Cámara hiciera de Cámara, finalmente, para apretar un poco las clavijas de la realidad con las tácticas de la ficción, según dice, decidió que otro actor interpretara a Javier.

Tras el castin, el elegido para el trabajo soy yo y el proyecto va para largo. Dispongo de tiempo suficiente —más o menos un año— para prepararme y he decidido que voy a comenzar por visitar el pueblo del actor aunque todavía no tenga muy claro qué busco. Lo busco a él, pero no sé bien qué exactamente ni por qué.

En resumen: estoy muy ansioso.

(Por cierto, la película tiene título: *El genio alegre*).

I. De Albelda a Madrid

Aceptar el papel de Cámara me ha creado tanta ilusión como miedo y he comenzado a comer sin orden. Ahora mismo, por ejemplo, tengo un bocadillo y un volante entre las manos. Sé que es peligroso, además de que puede acarrear multa, y no es que no me importe, pero no lo he podido evitar. Conduzco con la boca llena. No hablo por educación. Me acerco a Albelda con el pantalón lleno de migas y con sed.

Al nombre de pila del pueblo de Cámara le puso un río su apellido: Albelda de Iregua. (Me echaré un trago de agua desde la orilla como ritual). A las puertas del municipio, recibe un botones grandote y elegante: la empresa Palacios. Con presencia morrocotuda saludan las instalaciones del grupo alimentario, igual que un Santa Claus gigante, a quien llegue a Albelda por su acceso principal, el que introduce al viajero desde la nacional 111, la que enlaza Soria y Logroño y en la que he ido mitigando el hambre y la ansiedad. El bocata era de tortilla.

Cuando uno se embute en Albelda, llaman la atención las señales de la ermita de Santa Fe de Palazuelos, del siglo XIII. Sus carteles me guían, como a un pulgarcito. Voy en coche y los sigo en un viaje al pasado, el pasado de un hombre; o los persigo hacia el futuro (mi futuro trabajo) hasta que los pierdo igual que el último corrusco de pan detrás de los carrillos. Cuando desaparecen las indicaciones, continúo a tientas. Me dirijo hacia la ermita del pueblo de Cámara igual que me encamino a Javier, con una idea vaga, persiguiendo unos signos.

Tras circular durante un buen tramo por varias carreteritas, tengo la sensación de haber confundido el camino y me decido a dar la vuelta. Regreso sobre los pasos de mis ruedas mientras pienso en comer otra vez. Estoy hecho un lío. Ahora conduzco hacia la espalda del pueblo e imagino que viajo hacia un hombre de espaldas. Reconozco un cuerpo que a la vez desconozco, como en una adolescencia. No sé quién lo viste. Responde a un nombre, Javier Cámara, pero no sé qué hay en ese hombre todavía. Dispongo de un año para conocerlo. Me entra hambre.

Continúo. Igual que me pierdo, me encuentro: así es la vida. Me he colado de nuevo en Albelda y callejeo en coche. Imagino que me desplazo como en una conexión neuronal. Para hacer de Javier Cámara y hacerlo bien, querría llegar hasta ese centro neuronal suyo, verme dentro de su sistema nervioso, transitarlo como en un viaje en automóvil. Eso colmaría la tarea: llegar a su ansiedad, a su hambre de todo, de azúcares, de sexo y de éxito, de fama... a sus deseos de comer. En modesta analogía, sin embargo, me conformo de momento con desplazarme en automóvil por las calles de su pueblo igual que él se mueve en pijama desde el dormitorio hasta el frigorífico. Yo creo que lo hace. Lo veo. Así transito yo, pero sin pijama, hasta dar de nuevo con el cartel que me guio al llegar: Ermita de Santa Fe de Palazuelos, siglo XIII. Vuelvo al principio como en un juego de mesa; sin embargo, no lo tomo como castigo, pues no es sino parte del juego. Miro el cartel como imagino que mira Cámara una foto de sus hijos o el dibujo trazado por ellos para felicitarlo en el Día del Padre imantados, foto y dibujo, a la puerta de la heladera. Su marido debe de decir *heladera*, así dicen en Paraguay. Ojalá pudiera consultarle algunas cosas. Ojalá pudiera preguntárselo todo.

Para no confundir la ruta, consulto ahora al primero que me encuentro, un paisano que, con alguna reticencia o desconfianza (quizá es solo timidez), me responde, mientras fuma como a escondidas.

Imagino a Juan, el marido de Cámara, fumando a escondidas de Javier. Uno sabe lo que el otro esconde y el otro esconde lo que el uno sabe. Me parece estar definiendo el amor mientras me pregunto si Javier fuma. Y algo me dice que no, que nunca ha echado humo en serio.

Entre volutas, el paisano indica que mi trayecto inicial anterior seguía la dirección idónea. Me faltó paciencia para consumir el destino perseguido. He de continuar por la misma carreterilla asfaltada que me condujo a su vera, hasta dar con un cruce y elegir, de entre los tres que se me ofrezcan, «el de enfrente». Doy las gracias y obedezco. A veces obedecer ayuda al más ácrata. Esto he debido de leerlo en el príncipe *Prokotnik* o alguien así. Llegado al cruce, el de enfrente son en realidad un par de caminos. Así que, casi a sorteo, como un sonámbulo que buscara la cocina y encontrara allí dos mellizos —una heladera y un frigorífico—, me decido por uno de ellos y continúo: Heladera. No, frigorífico... Heladera.

Obedezco al azar en un cara o cruz sencillo y, al poco, apenas cien metros más adelante, diviso una construcción fornida, un frigorífico almenado tremendo, demasiado tocho para ser ermita, y muy recóndito y algo deslavazado para una iglesia, pienso. Ojalá fuera un restaurante. Comería más.

Conduzco hasta allí. Aparco y después camino, casi trepo, imantado por la enorme roca almenada, hasta el punto cimero del ya reconocible y nombrado por la cartería Castillo de Clavijo. Arriba, a pesar de no encontrarme en la ermita, quizá por la altura a la que me encaramo, me siento y desaparece extrañamente mi ansiedad.

ALBELDA SIN CÁMARA

Ir a conocer algo o a alguien a veces implica ir un poco más allá: pasar de largo sin pasarse de listo, preparar un bocadillo un poco más grande por lo que pueda ocurrir... Medito *boyscout* mientras me digo, en contraste, que estoy siendo incapaz de localizar una ermita. ¿Seré capaz de encontrar a un hombre si soy incapaz de encontrar una ermita? Mezclar churras con merinas es uno de mis fuertes. Ojalá sea también uno de los de Cámara. Me iría fenomenal.

Las almenas del castillo de Clavijo me trasladan tres siglos más allá de mi destino, en torno a finales del x o principios del xi según se calcula el origen de la fortificación. ¿Cuántos siglos más allá hemos de ir para conocer qué es un hombre? Es mucho preguntar; no hace falta ponerse estupendos. El modesto propósito, en comparación, aunque ambicioso igualmente en el fondo, de conocer a un solo hombre, a este hombre en concreto, a Javier Cámara, es más que suficiente por ahora: solo preparo un papel. ¿Hasta qué rama de su árbol genealógico he de trepar? Ya estamos otra vez. Paso a paso, me digo igual que un entrenador de fútbol. De momento trepo hasta la fortaleza del castillo y desde las alturas, alargando la mirada en todas direcciones, al fin, muy a lo lejos, creo divisar la ermita.

Ir más allá de los sitios puede ayudar a encontrar los sitios, a conocerlos, a reconocerlos. (Ahora me comía un flan). ¿Cuánto más allá de Javier habré de ir para conocer a Javier? Me conformo, por el momento, con sus padres, aunque aspiro a sus abuelos, a sus bisabuelos... ¿Qué fue de sus ancestros?, me pregunto. Y me respondo con lo poco que, por ahora, sé: el padre de Cámara fue saxofonista según he leído. Su madre es Chus Lampreave.

Bromitas aparte, Araceli, la madre de Javier, cantaba, por lo que tengo entendido, y quizá todavía cante, pues, al contrario que su padre, aún vive y vive en Albel-da. Imagino que hará natillas con sus galletas marías incrustadas como cuando nos hacemos los muertos en el mar y que a Javier le encantan las natillas de su madre y piensa muchas veces en bañarse en natillas mientras prepara un papel que lo pone muy nervioso.

La cosa musical debe de estar en el espíritu de la familia porque una de sus hermanas, según parece, tocaba la guitarra. Y quizá aún lo hace. Cuando me enteré, agarré una barra de pan y comencé a tocar el saxofón con ella, con la barra. Después toqué la guitarra con la misma barra, sin hacer el tonto, en broma, pero también en serio, haciendo de padre de Cámara y haciendo de su hermana.

Javier puede interpretar a un saxofonista, a una cantante, a un y a una guitarrista y hasta a Chus Lampreave. Un actor verdadero ha de poder hacerlo todo, hasta de barra de pan. Pero ¿es Cámara ese tipo de actor? Yo creo que sí, a pesar de que él mismo ha contado que, el día que Pedro Almodóvar le pasó el guion de *Hable con ella* con el papel del enfermero Benigno Martín, llamó al director tan emocionado, tras una primera lectura, que no podía ni hablar (se habría comido una bañera de natillas) y por eso colgó. Rehecho, telefoneó de nuevo (lo imagino con el bigotillo amarilleando por un resto de natillas), dio las gracias de una y mil maneras y concluyó la conversación diciendo: «Me encanta, pero yo no sé hacer eso». A lo que Almodóvar respondió rotundo: «Pero yo sí».

Javier se relamió.

¿Es Cámara ese tipo de actor, el capaz de hacerlo todo? Cámara ha interpretado a varios curas, a algunos hombres frágiles (además del cardenal Gutiérrez, con Sorrentino, el Mikel de *Malas temporadas*, pongo por caso) y a otros fuertes, por ejemplo, en *Truman*. Cámara ha explotado su vis cómica, como listo y como tonto, como hombre de ciencia y como político. Ahora bien, si hay un antes y un después en su carrera de actor ese mojón lleva tallado el nombre del Benigno de *Hable con ella*.

Me gustaría preguntarle a Javier si después de aquel papel ha vuelto a pensar, sin coqueterías, que no iba a ser capaz de interpretar a algún otro personaje. Y también me interrogo por el después del después, o sea, por el ahora y por el futuro, por un Cámara interpretando, qué sé yo, a Charles Baudelaire, a Francisco de Goya, a Ramón

y Cajal o a un hombre cualquiera, al inventor o a la inventora de las natillas, por un Javier en papeles soberanamente serios.

UNA FOTO

¿Cómo he llegado aquí? Estoy aquí porque me han ofrecido un papel. Voy a participar en una película. Interpreto a Javier Cámara y quiero conocer todo lo necesario para ser un buen Javier. Dispongo de un año y comencé por su pueblo, le mascullo al asiento vacío del copiloto mientras limpio las migas del mío y encamino el coche hacia una ermita a la que al fin llego.

Aparco. Bajo. Miro. Ya no pienso en comida. Me centro en las paredes que contemplo. Según el ángulo desde el que las observe, amplío o achico el santuario. Incluso hay un lugar desde el que veo el pequeño edificio como un Guggenheim enano, que Dios me perdone: el Guggenheim de Albelda. Desde ese punto del campo tomo una imagen de la ermita.

Esta es la primera fotografía que obtengo de Javier Cámara: actor riojano, de Albelda de Iregua, municipio de unos tres mil quinientos habitantes cuya espalda protege una ermita del siglo XIII difícil de encontrar, vista como un museo moderno en la distancia corta y protegida, a su vez, por una espalda mayor: el castillo de Clavijo. Delante del municipio, Palacios, una fábrica de productos alimentarios que lleva el nombre del pueblo por todo el mundo. Punto. Una foto sin adornos.

No es cosa de competir ahora en el vano adorno, pero Cámara lleva el nombre del pueblo por el mundo entero tanto como la empresa de chorizos, desde la Colombia de Abad Faciolince y la otra Colombia de *Narcos* y Netflix; o desde el Vaticano de Sorrentino y HBO, por citar algunos ejemplos señeros, al resto del orbe.

Publicidad y embutidos aparte, ¿cuánto hay o qué hay de Albelda en Javier? ¿Cuánto y cómo nos marca o nos define a las personas la casualidad del lugar de origen? ¿En qué Albelda se crio y cuánto se parece el municipio a sí mismo cuarenta años después? ¿Cuánto queda de aquel muchacho y de su primer pie en un escenario y qué ha desaparecido de él hoy, conocido como es en muchos lugares del mundo? ¿En qué pensaba aquel mozo, menor de edad, en los primeros ochenta, haciendo *El genio alegre* de los Álvarez Quintero con el grupo de teatro local? Él mismo lo ha contado: «Simplemente salí y la gente se rio».

Desde la primera línea, aún muda, sin recitar, Cámara reconoció ese poder, una fuerza silente que engancha: salir a escena, sin más, y que la gente se ría. «Uno hace cualquier cosa con la pausa precisa y siempre recibe una respuesta del público. Qué poderosa es la presencia. Qué poderoso es el silencio». Javier recuerda aquel momento con claridad, «el tiempo que me tomé para decir la palabra», y redonda en ello cuando rememora el consejo del Kevin Spacey anterior a la demonización, en Oviedo, durante un curso para intérpretes al que asistió mucho tiempo atrás: «No os mováis —explicó el actor norteamericano—. Y, cuando tengáis que decir la palabra importante, simplemente, decidla».

Robo sus palabras de la mesa redonda en la que Javier participó para celebrar su Premio Rafael Azcona en el festival de cine Octubre Corto. Me proporciona las imágenes un canal local, Arnedo Televisión. Voy detrás de su rastro, miga a miga.

UN PAN BAJO EL BRAZO

Antes de abandonar Albelda, en mi primera visita a Javier, en el último paseo, tras el pincho de tortilla (sin hambre) en uno de los bares de la anchurosa plaza del pueblo, me detengo frente a una panadería atraído por el nombre inscrito en el toldo: Cámara.

Durante esa incursión inicial en su pueblo no me he atrevido a preguntarle a nadie por el actor. Simplemente, me he dejado ver; he sido un forastero, un extraño. La próxima ocasión, cuando vuelva, ya seré un extraño por segunda vez y esa segunda vez abrirá el camino para abandonar la extrañeza y permitirá la presentación del forastero: la segunda vez como extraño es la primera vez del conocido. Andar con estos pensamientos me provoca desazón, una especie de ajuste de cuentas conmigo mismo por querer hacerme el listo. ¿Será Javier así? ¿Andará con cuitas de intelectual almorzando? Cavilo mientras me cuelo en el establecimiento, pero diluyo rápidamente mis devaneos al cruzar el umbral, pues la panadería Cámara te acoge igual que un familiar. Dispone de tal variedad de productos (panes y dulces pasteleros) que dan ganas de quedarse a vivir al calor de su horno.

Yo querría tocar el saxo con una de esas barras, delante de las dependientas, pero aún es pronto para exhibiciones. Mientras me gano su confianza (una de ellas es la dueña) y me desverguenzo, compro media docena variada de reposterías y panes.

En el momento del pago me atrevo a preguntar si el negocio tiene algo que ver con Javier Cámara. «Somos muchos Cámara en el pueblo, es un apellido muy corriente. No somos familia. Podrías encontrarte aquí mismo, ahora, a su madre o a alguna de sus hermanas».

Entre las salidas y las entradas de los paisanos que vienen a por su pan de cada día, masticamos algunas breves y desmigadas conversaciones sobre los Cámara y sobre el asunto de la fama y de los famosos. La dueña se demora relatando aquella vez que se topó con el futbolista Ronaldinho en una visita a Barcelona. A pesar de que lo que yo quiero es saber de Javier y nada más que de él, la escucho, educadamente, teorizar sobre la fama, sobre el hecho de que todos estamos formados por un material similar, en fin, sobre las habas que en todas partes cuecen por más que uno sea futbolista o actor de fama mundial hasta que nos perdemos en diálogos de ida y vuelta sobre el caso como cuando buscaba la ermita.

Aunque tengo muchas ganas de seguir indagando sobre Javier Cámara, reprimo las preguntas. Le he abierto ya una puerta al actor y me conformo, por el momento, con visitar el descansillo de su casa.

Con mi pan bajo el brazo, me voy.

EL OLVIDO QUE SEREMOS

Quiero ver (o volver a ver) la mayor cantidad posible de películas en las que haya trabajado Javier y me he decidido a comenzar por el final de su producción hasta la fecha, por la espalda de su obra, igual que un monte Clavijo que me sirva para empezar a otearlo. En realidad, me lo ha decidido mi director convocándome para ir a una sala.

Cuando León me citó, pensé que se trataba de una excusa para comentar algo sobre mi papel en su película, pero no era el caso. Aparte de algunas preguntas educadas sobre mis preparativos, apenas hizo mención del trabajo que me ha encomendado. La verdad es que me ha sorprendido un poco su falta de interés, aunque quizá solo sea discreción. Me ha mirado de arriba abajo inspeccionando mi indumentaria y ha fijado la atención, por un momento, en mis zapatos, como si reprimiera una opinión. Yo he tenido que reprimir las ganas de comprar palomitas, pues pensé que, si lo hacía, me pondría en evidencia.

Al final de la sesión, antes de despedirnos, no sé si en broma o en serio, me dijo: «Instauremos el cineclub Cámara. Veamos juntos más películas».

En este mayo de 2021 se estrena en España *El olvido que seremos*, en la que Javier interpreta al médico colombiano, especialista en salud pública, Héctor Abad. La cinta se basa en el libro homónimo, de Héctor Abad Faciolince, hijo del doctor, publicado con un tremendo éxito en 2006. Primero, el libro y, después, la película toman el título de los versos de un hermoso y exacto soneto de Borges que comienza así: «Ya somos el olvido que seremos. / El polvo elemental que nos ignora / y que fue el rojo Adán y que es ahora / todos los hombres, y que no veremos».

El doctor había recitado el poema, en su programa de radio, unos pocos días antes de morir. Su hijo, autor del libro que rememora y catapulta la figura de su extraordinario progenitor, halló el poema, escrito a mano, en un bolsillo del traje que vestía Héctor Abad cuando unos pistoleros lo acribillaron a balazos en mitad de la calle.

Lo primero que llama mi atención en la interpretación de Cámara es la despaciosidad del gesto, una lentitud caribeña. Lo ilustro con una de las escenas iniciales de la película en la que Javier (Héctor) toma una hoja de papel y la enrolla imitando un catalejo desde el que mira a su hijo en la ficción. Todo ese gesto se divide, se desglosa, en otros más pequeños, como muñecas rusas que lo continúan y lo secundan en una especie de catarata de muecas medidas; todos los movimientos morosos, algo cubistas. Cada leve ademán de la cara engarzado en el siguiente, fin y principio uno de otro; cada mínimo gesto encadenado conlleva un trabajo, una decisión actoral.

Me fascina ese empleo, la decisión que acarrea y la lentitud con que se ejecuta. En eso consiste ser actor, me digo. Y me pregunto si habrá pensado Javier cada uno de esos mínimos movimientos, si los habrá decidido uno a uno.

La parsimonia con la que Cámara interpreta es mi primer alto en el camino hacia la ermita de su carácter. Pienso que en la actuación uno tiene que tomarse su tiempo mientras actúa, incluso para interpretar un tic, incluso para temblar. Me puntualizo, como si hablara con otro, que quizá puedo apreciarlo con más facilidad aquí, en esta película y en este papel en concreto, por su acento, ya que Cámara se enfunda en la piel de un hombre colombiano.

“¿Qué quieres tú?”

Bernardo Sánchez

Se trata de la escena primordial. Me la contó un día Javier y me vuelve como una recámara de su persona y de su profesión cada vez que lo veo en un escenario o en una pantalla, pero sobre todo cada vez que lo veo cerca y lo miro a los ojos. Entonces, retorna aquel momento, impregnado de misterio y fulgor, ese tipo de momentos que bruñen el resto de tu vida aunque en ese instante aún no lo puedas saber, aunque tardes muchos años en descubrir que fueron muy probablemente esos segundos los que imprimieron tu carácter. Ese tipo de momentos que empiezan a construirte y a revelarte y a desvelarte, por dentro.

Cuando recuerdo aquel instante original que voy a contar ahora como epílogo de este libro que trata de cómo ser Javier Cámara, es decir, que paradójicamente lo cuento ya al otro lado del arco, pienso que quizás no esté mal reubicado el pasaje y que la escena que atesora sigue funcionando en cualquier sentido, hacia adelante o hacia atrás de su vida. Es algo que sucede siempre que Javier aparece y nos mira, en un teatro o en un cine, cuando habla o en silencio, algo que advirtió desde la primera vez, desde su primer papel en una función de *El genio alegre* en Albelda: ese lapso suspendido, ese vacío que se produce cuando el actor finaliza su frase y queda placentera, pero vertiginosamente en poder del público, de su risa o de su silencio. Algo que sucede siempre que Javier, en fin, vuelve a ser espectador de la platea. Porque Javier comenzó siendo espectador y eso es lo que convierte a un actor en un gran actor: no olvidar el panorama que de su oficio se divisa desde las últimas filas. Esa es la pers-

Agradecimientos

Mi primer agradecimiento es para el equipo de Octubre Corto y en especial para Chechu León y Bernardo Sánchez por su confianza y su amistad materializada en este libro. Muchas gracias a David Trueba y a Jesús Rocandio por su generosidad en forma de prólogo y de fotografía de portada, respectivamente. Después, mi recuerdo a la larga lista de amigos, maestros, familiares y compañeros de Javier que desfilan por las páginas de la novela y que aportaron no solo sus conocimientos, sino su paciencia amable y su rico diálogo: Araceli, Cheli, Loreto, Juan, Fernando Gil Torner, Ricardo Romanos, Estela Quintana, José Luis Alonso de Santos, Paz Sufrategui, Cesc Gay, Diego San José, Isabel Coixet, Borja Cobeaga, Félix Sabroso, Cesc Gay, Pedro Almodóvar, Fernando Colomo...

A Esther Pascual y Luis M. Carceller les debo la lectura del borrador inicial, pues con sus aportaciones me hicieron creer en el texto e infundieron en mí las ganas de mejorarlo. A mi maestra Pilar Comín por su paciencia al otro lado y por sus sabios consejos. A Poty, Pablo y Julián por lo de siempre, para que no cambie. Y, finalmente, a Aza por lo que nos cambia y nos mejora, para que siempre siga así.